

Paz: privilegios de la palabra

(Entrevista de Braulio Peralta)

¿Para qué presentarlo?

Acaso decir que Octavio Paz vive intensamente el proceso de una entrevista: una forma de corroborar sus ideas y sujetarse a todo tipo de interrogaciones. Nada descarta: la pregunta más tonta brinda la oportunidad de saber sobre sus juegos de infancia y su posición frente a la muerte.

Poesía y política, revolución e ideologías, comunismo y capitalismo, izquierda y derecha, Chiapas, México y Colosio son los temas de esta larga conversación, donde las respuestas son sugerentes, claves para conocer al poeta en su tierra.

Poesía y política

—¿Qué marcó primero a Octavio Paz, la poesía o la política?

—Nací el 31 de marzo de 1914, el año en que estalla la primera gran guerra y, en México, el año de la ocupación norteamericana de Veracruz, la caída de Huerta y la gran división de los revolucionarios triunfantes. Desde la época de la Intervención francesa y el Imperio hasta los años de la Revolución, la vida privada de mi familia paterna se confundió con la vida pública de México. La política es lucha por el poder pero, asimismo, en la edad moderna, es lucha de ideas. Mi familia era liberal y las divinidades tutelares de la casa eran los héroes de la Independencia y los grandes revolucionarios franceses... Yo nací entre libros. Uno de mis grandes placeres era hojear, con un primo, los gruesos volúmenes de historia de mi abuelo y detenernos en sus estampas: la toma de Jerusalén por los cruzados, el suplicio de Cuahutémoc, el Juramento del Juego de Pelota, la batalla de Trafalgar... Nuestros juegos infantiles eran mojigangas heroicas; los duelos de D'Artagnan, las cabalgatas del Cid, la lámpara de Aladino o las hazañas

en las praderas del Oeste de Buffalo Bill. El amor a lo maravilloso mueve a los niños. Y lo maravilloso, para nosotros, era sobre todo la acción. La historia es también acción y por esto los juegos infantiles, sin excluir a los juegos eróticos, son el comienzo, el prólogo de la historia. Muchos años después, en *Pasado en claro*, al recordar los juegos de mi niñez, encontré en ellos una profecía de mi pasión por la historia y por la política. Como la historia, el juego infantil es una acción cuyo sentido último se nos escapa. Quizá la historia, como el juego, es aprender a morir, una escenificación o una alegoría de la muerte:

Y yo en la muerte descubrí al lenguaje.
El universo habla solo
pero los hombres hablan con los hombres:
hay historia. Guillermo, Alfonso, Emilio:
el corral de los juegos era historia
y era historia jugar a morir juntos.
(*Pasado en claro*)

—*Es una visión negra del juego de los niños y de la historia.*

—Negra y luminosa. La historia es el lugar de prueba de los hombres. No sabemos a ciencia cierta cuál es su significado pero en la historia —es decir, en la vida en común— el hombre se realiza en lo más alto: la camaradería, la fraternidad, la acción colectiva, el sacrificio. La vida humana —cualquier vida— es historia pues la vivimos frente, entre, contra y con los otros. Y la vida hay que vivirla... El juego infantil es una acción ficticia que nos enseña a vivir y a morir. Parece extraño que, al hablar de historia y de política, hable del juego infantil. Extraño y natural. El juego es misterioso: es una acción imaginaria y que, para los jugadores, es profundamente real. Es una representación y es una iniciación... En resumen: la época en que nací y en la que me formé, así como mi tradición familiar, explican en buena parte mi pasión por la historia viva: la política. Pero también los juegos infantiles fueron una verdadera iniciación. Aquí interviene otra pasión, tal vez más poderosa: la poesía. A su vez, la poesía es un juego. Un salto mortal. Poesía e historia no son, tal vez, sino las dos caras de la misma enigmática realidad. Ambas están presentes en nuestra infancia.

—*Mi pregunta obedecía a lo siguiente: usted ha hablado muchas veces de la contraposición que vivió en los años treinta, ya adolescente, entre sus ideas políticas y sus convicciones estéticas.*

—Al principio no me pareció que hubiese una oposición entre la política —que yo concebía en esos años como una actividad revolucionaria— y la poesía. Para mí la poesía era, en ella misma, revolucionaria. De ahí el título de mi primer libro (un balbuceo más que un libro): *Raíz del hombre*. Era poesía erótica pero a mí me parecía que, por eso mismo, era poesía

revolucionaria. Repetía la frase de Marx: «El radicalismo llega a la raíz». El amor, el sexo, eran la raíz de hombres y mujeres. La poesía y la actividad revolucionaria no eran para mí esencialmente diferentes, aunque sus modos de operación fuesen distintos. La contradicción era accidental. Las contradicciones esenciales aparecieron un poco más tarde, cuando me enfrenté a la realidad de la política y, específicamente, de la política revolucionaria.

Durante muchos años, incluso cuando ya había abandonado la fe en la política revolucionaria comunista, seguí creyendo que la poesía prefiguraba una verdadera revolución del espíritu. Todavía en 1950, en *¿Aguila o sol?*, en la sección final («Hacia el poema») digo: «Cuando la Historia duerme, habla en sueños: en la frente del pueblo dormido el poema es una constelación de sangre. Cuando la Historia despierta, la imagen se hace acto, acontece el poema: la poesía entra en acción». Ya no estaba poseído por la fe en la política revolucionaria, pero aún permanecía intacta mi creencia en los poderes liberadores de la poesía.

Hoy no creo que la poesía pueda cambiar el mundo. La poesía nos ilumina, nos revela cosas secretas de nosotros, puede *encantarnos*. Y sobre todo: puede volver otro al mundo, puede mostrar la otra cara de la realidad. Yo no podría vivir en un mundo sin poemas porque la poesía salva al tiempo, salva al instante: sin matarlo, sin quitarle su vivacidad, lo presenta y lo fija. En la poesía hay una unión, transitoria, entre fijeza y movimiento, entre lo permanente y lo instantáneo.

—*¿Ésas son algunas de las razones por las que suprimió muchos de sus poemas políticos?*

—Las razones que acabo de darle son de orden existencial y filosófico (perdón por la pedantería). Pero también hubo, quizá de manera preponderante, razones de gusto literario y estético. Recuerdo que en esos años —hablo de 1936 ó 1937— tuve una discusión con Jorge Cuesta. Él me decía: «Usted siempre habla de la pureza y de la libertad de la poesía; sin embargo, en lugar de imitar a los surrealistas —que hacen política pero no escriben poesía política— usted sí escribe poesía política». Respondí: «Mis poemas políticos no obedecen al dictado del partido ni los considero propaganda. Los he escrito movido por el mismo impulso que me lleva a escribir poemas de amor, poemas sobre un árbol o acerca de un estado de ánimo cualquiera. Todos ellos expresan mi realidad de hombre». Era sincero: nunca creí en la poesía de propaganda, incluso cuando, sin darme cuenta del todo, incurría en ella. Fui ingenuo...

—*Después retiró muchos de esos poemas políticos de su Obra poética. ¿Por qué?*

—En primer término: no fueron muchos. Además, no suprimí únicamente poemas políticos. Si usted busca, encontrará que son muchos los poemas

desechados. No por motivos de índole política o ideológica sino estética. Me parecieron y me siguen pareciendo titubeos. Los poemas políticos suprimidos son únicamente cuatro o cinco; los otros, más de sesenta. Ahora que están publicando mis *Obras Completas*, he tenido que enfrentarme a la penosa verdad: ¿qué hacer con los poemas suprimidos? Decidí coger al toro por los cuernos. En el tomo XI, que aparecerá a fines de este año o a principios del próximo, intitulado *Primeras letras*, he incorporado los poemas suprimidos y que no están incluidos en mi *Obra Poética*. Me doy cuenta de que se trata de un artificio pero no hay remedio. Los poemas que aparecen en *Primeras letras*, cerca de ochenta, son tentativas y deben distinguirse de los que figuran en la *Obra Poética*.

Los poemas incluidos en *Primeras letras* comprenden varios períodos: uno, no recogido nunca en libro, compuesto por composiciones escritas en 1931, cuando era un mocoso (tenía 17 años) y por otras de mi época en la preparatoria, cuando hicimos *Barandal* y, después, *Cuadernos del Valle de México*; enseguida, un grupo de poemas —los publico porque no tengo más remedio, son los que menos me gustan— publicados en un folleto por Miguel N. Lira: *Luna silvestre*; después, integro, *A la orilla del mundo*, un libro publicado en 1942 y que reúne varios libros o colecciones: *Raíz del hombre*, *Bajo tu clara sombra*, *Noche de resurrecciones*, etc.; a continuación *Entre la piedra y la flor* (primera versión de mi extenso poema sobre Yucatán) y los *Cantos españoles* (tres poemas sobre la guerra de España); en fin, lo que queda de una serie llamada *Vigilias*. ¿Por qué republico todo eso? Porque si no lo hago yo, lo harán otros el día en que muera. Ésa es la horrible costumbre moderna. Esos textos no tienen verdadero valor literario pero son parte de mi formación poética. Son mi prehistoria. Aclaro que no hay nada inédito, excepto un poema intitulado «Poema de la mujer asesinada». Es divertido, un pastiche de la vanguardia poética de esos años.

—*Usted es muy dado a la corrección de su propia obra.*

—He corregido mucho, sí. Estaba y estoy poseído por un sentimiento de inseguridad. También por la manía de la perfección, una manía que nace, quizá, de la insatisfacción ante lo hecho. A veces me pregunto si hice bien o mal. Tal vez la primera versión era la más espontánea o la mejor. Ya es muy tarde para arrepentirme. Esas ediciones andan por ahí, entre el público, que es el verdadero juez. El público y el viento son los que escogen al final. Yo me consolaría si quedasen de mí una docena de poemas. ¿Cuáles? No lo sé...

—*¿Qué papel tiene la poesía entre el Estado y la sociedad? En El arco y la lira hay un ensayo sobre este tema.*

—Sigo pensando lo mismo. En aquel capítulo de *El arco y la lira* (un pequeño ensayo por sí solo, como su título lo dice: «Poesía, sociedad y